

EL PROBLEMA DEL MESTIZAJE⁵⁰

Si grandes son las dificultades que ofrece el estudio del criollo mexicano, mucho mayores son sin duda, las que presenta el análisis de la psicología del mestizo, ya que las características de éste varían según las regiones y según las proporciones o el porcentaje con que se produce la mezcla de las dos razas.

Todo lo que pueda yo decir sobre el particular, llega apenas a la categoría de un simple ensayo, sujeto a toda clase de rectificaciones. El mestizo, para mí, como producto que es de la amalgama, bien o mal hecha, del dinamismo y del espíritu aventurero del español con el estoicismo, la prudente astucia y la lentitud volitiva del indígena; tiene que ser más tenaz, más perseverante, más habilidoso, más firme y más sostenido en la acción, que el criollo de raza blanca pura, y más enérgico, más acometido, de empuje mayor que la raza indígena de la que, en parte, procede.

En lo metal, el mestizo posee generalmente un espíritu más práctico que el criollo, ya que éste, por razones de herencia o de posición social, lo encuentra todo hecho, o todo preparado, en torno suyo; mientras que el mestizo, de estirpe mucho más modesta, nada tiene detrás de sí —ni un sugestivo o brillante nombre de familia, que le sirva de salvoconducto, ni relaciones sociales, ni protectores o amigos influyentes—. Todo tiene que esperar a él, por lo mismo, únicamente de su habilidad, de su tenacidad y de lo robusto de su esfuerzo.

Forjado en el diario combate por la existencia, el mestizo tiene que ser más astuto, más perspicaz, menos alocado, menos irreflexivo, menos soñador que el criollo, casi siempre víctima de una fantasía no controlada por las enseñanzas de la acción o por la lección de los fracasos, y poco acostumbrado por lo mismo, a vencer las grandes dificultades que se atraviesan en el camino del que se ve obligado a formarse por sí solo.

50 *El Universal*, 19 de abril de 1939.

El mestizo, mejor adaptado al medio físico y al social, mejor aclimatado física y moralmente, comprende y acepta mejor que el criollo, nuestra deficiencia y nuestras limitaciones; en tanto que este último, soñando siempre con Europa y con sus supuestas perfecciones, o bien termina por declarar incorregible a su propio país, o bien se empeña en forjar a éste sobre la base del modelo que en ese instante lo fascina: Francia, España o Estados Unidos, en el pasado; Rusia o el país de la Utopía, en el presente.

El problema, por lo que hace al mestizo, no se presenta, pues, desde el punto de vista de la capacidad intelectual o de la aptitud para la acción. Ambas las posee él con amplitud. El problema radica más bien en la deficiencia, en la peligrosidad moral del mestizo.

Sus pasiones son volcánicas y de muy difícil control, como volcánico, convulsivo y difícil de dominar es el medio en que actúa.

En lo más profundo del alma del mestizo libran combate dos herencias contrarias, dos tradiciones diversas, dos psicologías determinadas por opuestos atavismos. De ese choque de las dos corrientes psicológicas —la que procede de la estirpe española y la que brota de la sangre indígena— tiene que producirse, en el interior del mestizo, una moral confusa, vaga, flotante, dislocada, imprecisa.

De ahí ese escaso control sobre las propias pasiones, esa ansia de gozar —al fin raza joven— y de vivir intensamente con todas las calderas encendidas; esa prisa de ascender, de sobresalir, de brillar, de distinguirse, de vengarse del tiempo perdido en la obscuridad y en el anonimato; ese empeño insaciable de emociones fuertes (“darse un quemón en la lumbre de la vida”) y de apurar con rapidez, ávida y vertiginosamente, los placeres pequeños y grandes, lícitos e ilícitos, que ofrece la existencia.

Es lo mismo que, con voz autorizada, nos dice Gustavo Le Bon: “la influencia de herencias contrarias descompone, disgrega la moralidad y el carácter de los mestizos”.

Así se explica, entre nosotros —país de mestizaje— esa profunda y peligrosa indisciplina moral, esa puerta abierta a todas las pasiones y a todos los apetitos, esa rebeldía contra toda norma un poco estricta, ese afán de innovaciones, de cambios y de reformas, que constituye el fondo del carácter nacional. Ninguna tradición fija, ninguna estabilidad en las costumbres, en las instituciones o en las formas de vida; tendencia invencible a ensayarlo todo —lo más escabroso en lo moral, o lo más difícil, lo más inseguro o lo más aventurado, en materia social o política—. Seis o siete constituciones en un siglo, ochenta o cien revoluciones y setenta presidentes en poco más de cien años; demagogía pura unas veces, dictadura sin freno,

por temporadas; individualismo integral en ocasiones, o si la moda cambia, arrebatos y accesos de socialismo epiléptico.

Poco nos importa lo que cueste cada ensayo, con tal que los ensayos se hagan y no dejen nunca de hacerse .

“El primer efecto de los cruzamientos entre razas diferentes —confirma Le Bon—, es destruir el alma de esas razas; es decir, ese conjunto de ideas y de sentimientos comunes que hacen la fuerza de los pueblos... Ese es el período crítico de la historia de éstos, un período de iniciación y de tanteos por el que todos tienen que atravesar; porque no hay pueblo europeo (o latinoamericano) que no se haya formado con los residuos de otros pueblos. Es ése un período lleno de vicisitudes y de luchas intestinas que dura tanto tiempo cuanto los nuevos caracteres psicológicos tardan en fijarse y en estabilizarse”.

Como se ve, Le Bon a pesar de su pesimismo, nos ofrece el consuelo del tiempo, la esperanza de un porvenir mejor, a los que nos asentamos sobre la base insegura y movediza del mestizaje. Con la influencia de los siglos llegará a formarse un carácter nacional vigoroso, firme y definido, allí donde el choque de razas y de herencias contrarias no produce al principio sino “caracteres débiles y flotantes” y situaciones tormentosas y anárquicas.

A conclusión análoga llega don Francisco Pimentel en su estudio sobre las razas indígena y mestiza. Él no pierde la fe en los destinos de México, sino que antes bien afirma con hermoso optimismo:

“Es más fácil curar a un hombre dotado de un exceso de robustez (el mestizo), que volver a la vida un cuerpo examine, debilitado, después de larguísimas privaciones y trabajos (como él considera, con notoria exageración, al indígena). El mestizo puede corregirse con sólo que se le modere por medio de una saludable disciplina.”

Ninguna raza, en efecto, exige más que la nuestra —de pasiones indómitas— un régimen educativo que nos enseñe y nos obligue a controlar nuestros impulsivos arranques, a dominarnos y a ser amos de nosotros mismos.

La solución del problema del mestizaje se reduce, por lo mismo, a refrenar, a encauzar mejor dicho, dándoles la debida orientación, esas energías desatadas y turbulentas, esas pasiones tormentosas, desmesuradas, con caracteres volcánicos, que brotan en el alma del mestizo. Cataratas impetuosas que hay que someter y encauzar, para que en vez de destruirlo

todo, lleguen a fecundar algún día, espléndidamente, el campo económico, intelectual y artístico de la patria mexicana, ávida de producir y de crear.

Tengo para mí, que el mestizo está llamado a grandes destinos.

Andando el tiempo, corriendo los siglos, el mestizo de mi patria ha de asombrar al mundo con su potencialidad creadora, ha de dar lecciones al Viejo Continente.

Esto, si la educación ayuda, si los gobiernos no estorban, si el Supremo Hacedor lo permite.